

CAPÍTULO X.

1638—1685.

NUEVA-HOLANDA, NUEVA-YORK Y NUEVA-JERSEY.

Kieft, gobernador de Nueva-Holanda.—Su administracion.—Usurpaciones del pueblo de Connecticut.—Tentativas en el Delaware.—Guerra India.—Funestos resultados que produce.—Estado apurado de la colonia.—Petrus Stuyvesant, gobernador.—Muerte de Kieft en un naufragio.—Esfuerzos de Stuyvesant para allanar las dificultades.—Convencion de los delegados.—Disuélvela el gobernador.—Sométense los suecos.—Debates con la colonia de Maryland.—Obstinacion de Nueva-Inglaterra.—Espedicion contra Nueva-Amsterdam.—Su sumision á los ingleses.—Nueva-York.—Albany.—Riberas del Delaware.—Nueva-Jersey.—Su origen.—Carteret, gobernador.—Disputas.—Disposiciones que se adoptan en Nueva-York.—Ataque de los holandeses.—Audros, gobernador.—Tentativa contra el Connecticut.—Jersey Oriental y Occidental.—Los cuáqueros.—Los presbiterianos de Escocia.—Medidas arbitrarias.—Libertades y privilegios otorgados por carta ó cédula á Nueva-York.—Advenimiento de Jacobo II al trono de Inglaterra.

William Kieft, considerado por Winthrop como un «hombre sóbrio y discreto,» era el reverso de Van Twiller bajo muchos conceptos: sin embargo, no parece fuera muy acertado su nombramiento para gobernador de Nueva-Holanda. Activo é incansable en el cumplimiento de su deber, pero rapaz y de génio violento, entró animoso y con energía en el ejercicio de su autoridad, tratando de remediar, en cuanto estuviera á sus alcances, los males que acarreará á la colonia la administracion de Van Twiller. Su protesta contra la colonizacion de los suecos en el Delaware, no produjo resultado alguno. Tampoco pudo poner coto á las usurpaciones del pueblo de Nueva-Inglaterra en el Connecticut. Ofreció valiosos privilegios á los colonos; puso límite á los patronatos, é hizo cesar el monopolio del tráfico con los indios; proclamó como religion dominante la de la iglesia holandesa reformada, que habia de ser la que se en-

señara públicamente, y con estas y otras medidas semejantes, confió el gobernador que promoveria la prosperidad de la colonia. A los establecimientos de colonizacion en Wallabout y Flatlands de Long-Island, quiso añadir otro en Breukelen. Estableciéronse nuevas moradas circuidas de emparados, diseminadas en varios puntos, así como ferias anuales que habian de tener lugar en Nueva-Amsterdam; edificóse una nueva iglesia toda de piedra, y se adoptaron otras muchas disposiciones para aumentar el bienestar general.

Los holandeses consideraban como una usurpacion alarmante de sus derechos territoriales el establecimiento colonial de los ingleses en Red Hill, ó *Nuevo-Puerto*. Los comerciantes de la Casa de Buena-Esperanza, en el Connecticut, estaban sujetos á varias molestias, y parecia evidente que se proponian espulsar á los holandeses. El agente de Lord Sterling recla-

1640. maba la posesion de Long-Island y con tal motivo, infirióse un insulto á Holanda, por una partida procedente de Lyon, en Massachusetts, que intentó establecerse en la punta occidental de la isla. La ofensa consistió en echar por tierra el escudo de armas de Holanda, poniendo en su lugar una caricatura indecente. Queriendo vengarse, hicieron los holandeses algunos prisioneros, y despues de oidas sus disculpas, les permitieron que se retiraran á la punta oriental de la isla, sitio completamente estéril, donde fundaron Southampton, poniéndose ellos mismos bajo la jurisdiccion de Connecticut. Otros varios y activos esfuerzos hicieron los colonos de Nueva-Inglaterra, de los cuales resultó la fundacion de Stratford, Stamford y Greenwich. Se habia aumentado con tanta rapidez la poblacion inglesa, aun en el territorio sujeto á los holandeses, que estos necesitaron un secretario inglés, y nombraron á George Baxter para desempeñar aquel cargo.

Los habitantes de Nuevo-Puerto deseaban fundar una colonia en la bahía de Delaware, y con este designio ausentáronse en número de unas cincuenta familias. Por lo que hace á Nueva-Amsterdam, protestó Kieft muy vivamente contra estas usurpaciones; pero fueron desatendidas sus quejas. Resentido del agravio, despachó en mayo de 1641 dos balandras armadas, con órden de espulsar de allí á todos los colonos, empresa en que tomó parte de muy buena gana el comandante del fuerte sueco. Lambertson, caudillo de la mencionada partida, tuvo que pagar su rescate, y los restantes individuos de ella se vieron precisados á prestar juramento de fidelidad á la Suecia, en tanto que el gobernador holandés reclamaba el pago de derechos en Nueva-Amsterdam por el comercio de peletería en el Delaware. Despues de esto, parecia natural que el

pueblo de Nuevo-Puerto mostrase su resentimiento; y á tal punto llegó la cuestion, que Kieft decretó la suspension de toda clase de relaciones entre dicho establecimiento y la colonia del Connecticut.

Hácia la misma época surgieron serias dificultades con los indios vecinos. Habian cometido estos muchos asesinatos, y se juzgó una mengua dejarlos impunes. Con este propósito nombróse un tribunal llamado de *Los Ocho*, y se enviaron ochenta hombres armados contra los indios enemigos. Sin embargo, aquella expedicion no produjo resultado alguno; porque el que la guiaba equivocó el camino. Poco tiempo despues, un indio llamado Hackensack, á quien habian emborrachado y robado, mató por vengarse á un holandés. Kieft no quiso mas desagravio que sangre, por mas que le ofrecieron completa reparacion, con arreglo á la idea de justicia que tienen los indios en tales casos. No estando todavía dirimida la cuestion, los indios Tappan, viéndose atacados por los Mohawks, se refugiaron entre los holandeses. Precisamente cuando ellos se fiaban en la hospitalidad de los blancos, fué cuando se fraguó apresurada y villanamente el detestable proyecto de esterminarlos. Menospreciando las advertencias y reconvencciones de los mejores y principales sugetos de la colonia, prevalecieron los clamores de personas sedientas de sangre, y en febrero de 1643, oyéronse hasta en el helado rio los lamentos y alaridos de las víctimas: guerreros, ancianos, mujeres y niños, fueron degollados desapiadadamente, hasta el número de ochenta, ó mas; criaturas de pocos meses con sus madres perecieron en el rio, y mataron á sangre fria al dia siguiente á los indios que estaban solo heridos, llevándose además unos treinta prisioneros á Nueva-Amsterdam.

Las represalias por este horrible atentado no se hicieron esperar: once de las mas pequeñas tribus de las cercanías se unieron para guerrear contra los holandeses. Asaltaron con furia todas las moradas campestres desparramadas en veinte ó treinta millas al Norte y al Oriente, quemaron las casas, mataron á hombres, mujeres y niños, ó se los llevaron esclavos. Aterrados los colonos, huyeron á refugiarse en Nueva-Amsterdam; dirigieron amargas reconvenções á Kieft, y aun le atacaron personalmente, por lo que habia acontecido, proclamando al mismo tiempo dias de ayuno. Satisfecha por entonces la venganza de los indios, tardaron poco en ofrecer proposiciones de paz, y se ajustó un tratado á principios de la primavera del mismo año (1643); pero en el otoño estalló nuevamente la guerra, que fué calamitosa. En una representacion dirigida á Holanda, por el tribunal de *Los Ocho*, se hace una dolorosa narracion del lastimoso estado en que se hallaba la colonia. En aquel tiempo fué cuando se construyó «una buena y sólida defensa,» ó empalizada, para proteger á Nueva-Amsterdam, donde ahora existe la famosa *Calle de la Muralla*.

En junio de aquel año, escribió Kieft una carta de felicitacion á los comisionados enviados á las Colonias Unidas de Nueva-Inglaterra, y con este motivo, aprovechó la ocasion para quejarse de las «insufribles tropelías» que el pueblo de Connecticut habia cometido con los holandeses residentes en el fuerte de Buena-Esperanza. En su junta de setiembre, no le fueron en zaga al gobernador los comisionados, al representar sus quejas, que naturalmente coincidieron con las de Kieft.

En los años 1643 y 1644, emprendiéronse varias expediciones contra los indios con éxito definitivo; pero los horrores de la matanza

del Pequod, se reprodujeron hasta cierto punto. En vano se quejó el tribunal de *Los Ocho* de la conducta de Kieft, en una representacion dirigida á Holanda respecto á la guerra: hasta agosto de 1645, no se logró ajustar un tratado de paz, con cuyo motivo se señaló un dia en accion de gracias.

Casi todos los establecimientos de las cercanías de Nueva-Amsterdam quedaron arruinados, y escasamente hubieran podido pasar revista cien hombres. De treinta casas campestres, antes muy florecientes, apenas quedaban en pié cinco ó seis, y sin embargo, resulta de la indagacion que entonces se hizo, que Nueva-Holanda habia costado ya en 1638, á la compañía de las Indias Occidentales, mas de 200,000 pesos fuertes, sin contar todas las sumas recaudadas, que habian tenido igual inversion.

Hizose Kieft cada vez mas impopular. Quejábanse amargamente los colonos de su tiranía en el ejercicio de la autoridad, y habiéndose empeñado en violentas disputas con los ministros del culto, no menos que con muchos sugetos de la colonia, tanto fueron subiendo de punto los motivos de queja contra él, que evidentemente habia llegado el momento de destituirle y de nombrar un nuevo director. Por eso fué nombrado el gobernador que era de Curazao, Petrus Stuyvesant, antiguo veterano, pero al-
tanero y de imperioso continente, director general de Nueva-Holanda. Este funcionario suprimió desde luego algunas medidas restrictivas sobre importaciones y esportaciones, que subsistian todavia; pero continuó Nueva-Amsterdam siendo el único puerto de entrada.

El desdichado Kieft fletó un buque, con un valioso cargamento de pieles, cuyo importe ascendia, segun se dijo, á 100,000 pesos fuertes, haciéndose á la vela hácia su patria, pero

desgraciadamente naufragó en la costa de Gales, ahogándose con otros ochenta hombres que le acompañaban. Era opinion bastante admitida, si hemos de dar crédito á

Winthrop, que aquella catástrofe fué señal del divino descontento contra quien se habia opuesto é injuriado al «infortunado pueblo neo-inglés,» que era el pueblo de Dios. Tan propensos se muestran los hombres á pronunciar duros y desapiadados juicios, respecto á las calamidades que Dios suele enviar á los mortales.

Al hacerse cargo Stuyvesant del gobierno, en mayo de 1647, distaba mucho la colonia de hallarse en condiciones de prosperidad, comparándola con la Virginia y el Maryland, en el Sur, igualmente que con Nueva-Inglaterra, en el Norte. Contaban las primeras con unos veinte mil habitantes cada una, y la última próximamente otros tantos, mientras que en Nueva-Holanda apenas ascendian á tres mil, incluyendo en este número á los suecos del Delaware. Beverswyck, sitio en que existe al presente la ciudad de Albany, era un villorrio de diez casas, y Nueva-Amsterdam una aldea de cabañas de madera, con techos de paja y chimeneas de barro, con gran número de tiendas donde se vendia ron, tabaco y cerveza. En la punta occidental de Long-Island existian varios plantíos con viviendas, cuyos moradores eran en gran parte ingleses.

En 1647, con motivo de la llegada de Stuyvesant, las Colonias Unidas de Nueva-Inglaterra le dirigieron una carta de felicitacion, en la cual iban envueltas numerosas quejas. El anciano soldado tenia encargo de dirimir todo género de contiendas, si posible fuera, y emprendió con vigor el cumplimiento de tan difícil tarea. A pesar de sus buenos deseos, no adelantaba mucho en el desempeño de su mision, y no fué sino en

setiembre de 1650 cuando los árbitros nombrados por los respectivos litigantes, sentenciaron la causa. «Por su fallo quedó señalada á Nueva-Inglaterra toda

la parte occidental de Long-Island, que compone en la actualidad el condado de Suffolk. Los límites entre Nuevo-Porto y Nueva-Holanda, habian de empezar en la bahía de Greenwich; correr al Norte veinte millas tierra adentro del condado, y mas allá, *si asi les pluguiese*; pero de manera que no se aproximaran nunca al Hudson, á menor distancia de diez millas. Quedaba la fortaleza de Buena-Esperanza en poder de los holandeses con las tierras de su pertenencia; mas todo el remanente del territorio, á orillas del rio, se asignaba al Connecticut, debiendo hacerse reciproca entrega de los prófugos (*).»

Unos aventureros de Nuevo-Puerto emprendieron otra expedicion al Delaware, cuya cuestion habia quedado sin resolver. Opúsose instantáneamente Stuyvesant á esta intentona; apoderóse del buque que conducia á los emigrantes, y procedió á edificar el fuerte *Casimiro*, donde existe en la actualidad Newcastle. Tan enérgica conducta fué denunciada en Nuevo-Puerto como una violacion del último tratado, surgiendo en consecuencia nuevas disputas y disturbios, y llegando hasta concebir la idea de intentar la conquista de Nueva-Holanda, empresa que se consideraba muy obvia, especialmente en aquella época, en que acababa de declararse la guerra entre Cromwell y la Holanda. Para legitimar esta agresion, se alegaba el pretesto de que existia un complot entre los holandeses y los Narragansetts, con objeto de asesinar á todos los colonos ingleses; pero como el Massachusetts se negó á coadyuvar á semejantes miras, desistióse de llevarlas á cabo.

(*) *Historia de los Estados-Unidos*, por Hildreth, tom. I, pág. 438.

Los habitantes de Nueva-Amsterdam habian obtenido, por peticion que dirigieron á las autoridades de su pais, ciertos privilegios municipales; pero deseaban adelantar todavia mas en la senda de la libertad popular. Reunióse á este fin una convencion, de la que formaban parte dos delegados de cada aldea, é intentaron solicitar la participacion del pueblo en la legislacion y en el nombramiento de los magistrados. Empero el terco anciano Stuyvesant disolvió la convencion; rechazó su demanda por absurda y presuntuosa, é hizo entender á los diputados, que no le hacia falta el concurso del pueblo bajo para sostener su autoridad, ni tampoco su auxilio para el cumplimiento de sus deberes. Esta conducta fué aprobada por la compañía de Holanda.

Habíanse apoderado los suecos por estratagemas del fuerte Casimiro; pero como la Suecia no era ya una potencia temible, ordenó la compañía á Stuyvesant, que sometiera á los suecos y tomara posesion de la bahía y rio del Sur. Al año siguiente, embarcóse el gobernador para el Delaware, y sin dificultad alguna realizó la empresa, de modo que Nueva-Suecia vino á formar otra vez parte de Nueva-Holanda.

Los negocios é intereses públicos de esta colonia parecian progresar decididamente. Estableciéronse relaciones amistosas con la Virginia, llevándose á efecto un prevechoso y recíproco comereio. En cuanto al Maryland, habíase trabado una disputa respecto á la ocupacion de la ribera occidental del Delaware, reclamando el gobernador de dicho pais la posesion del territorio, como enclavado en los límites de la colonia, en tanto que los holandeses se oponian resueltamente á su pretension, insistiendo en su derecho de primeros ocupantes.

Durante este año (1659), ocurrieron tambien nuevas dificultades con los indios, cuya sed de sangre se estimulaba vendiéndoles ó dándoles la venenosa «agua de fuego.» A los asesinatos cometidos por los indígenas, siguiéronse sangrientas represalias por parte de los holandeses, y fueron muchos los que perecieron. Concluyóse la paz al año siguiente; pero en 1663, los salvajes, que habian estado aguardando una oportunidad para vengar la espulsion de algunos indios á las Indias Occidentales, llevada á efecto por Stuyvesant, asaltaron á los colonos en Esopus con implacable saña. A pesar de todo, en aquel año fueron sometidos casi todos los indios, y se restableció la tranquilidad por entonces.

Las desavenencias con el Maryland eran algo enojosas; pero comparativamente de muy poca monta. Lo que parecia destinado á ser azote de la vida de Stuyvesant, era el espíritu inquieto y turbulento de Nueva-Inglaterra. Connecticut anhelaba la posesion de nuevos territorios, y habiendo obtenido al efecto una real carta ó cédula, se apresuró á reclamar Long-Island, Westchester y todo el territorio occidental del Hudson. Stuyvesant fué á Boston y mandó agentes á Hartford. Muy afablemente le recibieron los neo-ingleses; pero sus acciones continuaron escitando los recelos del veterano, quien á pesar de su menosprecio por las asambleas populares, vióse obligado á seguir el parecer del pueblo, para prevenir cualquiera eventualidad que pudiese ocurrir. Desgraciadamente, la Asamblea no pudo prestarle ningun auxilio: contados eran ya los dias que quedaban de existencia á Nueva-Holanda.

Por mas estraño que parezca, no olvidemos, que, sea cual fuere el derecho que alegaban los ingleses á la posesion del territorio ocupado por los holandeses, jamás renuncia-

ron á él; mas en esta ocasion estaban resueltos á sostenerlo con alguna cosa mas eficaz y obligatoria que las palabras (*).

El duque de York habia adquirido los derechos de Lord Stirling, bajo concesiones que le habian sido hechas por el estinguido Consejo de Nueva-Inglaterra. En marzo de 1664, recibió de su hermano Carlos II una carta ó cédula, por la cual le otorgaba un estenso y valioso territorio entre el Connecticut y el Delaware principalmente; pero que absorbía en su totalidad á Nueva-Holanda. El nombre que habia de darse á esta provincia era el de Nueva-York. Adoptadas cuantas medidas se creyeron conducentes al intento, despacháronse en agosto de 1664 tres buques, con seiscientos soldados, llevando á su bordo á los coroneles Richard Nichols y George Cartwright, y á Sir Robert Carr y Samuel Máverick, como comisionados para apoderarse de Nueva-Holanda por el duque de York. Habian llegado á Nueva-Amsterdam algunos rumores acerca de la proyectada empresa; pero ni los holandeses intentaron defenderse, ni tampoco hubieran podido hacerlo. Empeñado Stuyvesant en estimular el valor de los habitantes, para que se defendieran noblemente, recordóles los heroicos combates sostenidos recientemente por la madre patria contra los españoles; pero no encontró sino frialdad é indiferencia por toda respuesta. Determinado entonces á presentarse cuando menos con osada frente, envió, de concierto con los diputados, á preguntar al comandante inglés la razon de aquel ostensible aparato de guerra. Nichols replicó, confirmando los derechos de Inglaterra, y

(*) Chalmers, que ha escrito con toda la pasion y preocupaciones de un inglés, llega hasta asegurar que la colonizacion de Nueva-Holanda era una infraccion del derecho de gentes.—Véase su *Introduccion á la Insurreccion de las colonias americanas*, tom. I, pág. 116.

exigiendo la rendicion inmediata de Nueva-Amsterdam, bajo condicion de respetar la vida, las libertades y la propiedad de los habitantes. Contestó Stuyvesant con una enérgica protesta, relatando circunstanciadamente el modo con que los holandeses habian obtenido legal posesion del pais, y aparentando creer que, «si su Majestad de la Gran Bretaña, estuviera informado de aquellos antecedentes, habria sido bastante juicioso para no dar tales órdenes» como las que á él se le intimaban, especialmente en tiempo de profunda paz, y recordando de paso á los comisionados, «que era de suma trascendencia é importancia provocar á un Estado tan poderoso como la Holanda, mayormente cuando esta nacion era aliada de Inglaterra.» Ni los argumentos ni las amenazas produjeron efecto alguno en el comandante inglés, que se negó á proseguir la negociacion, amenazando atacar inmediatamente la ciudad. Doloroso cual era para un veterano rendirse sin combatir, vióse, sin embargo, Stuyvesant precisado á doblegarse ante las circunstancias. La mayoría de los habitantes no quisieron correr el riesgo de un asalto, destituidos como estaban de toda esperanza de poder presentar una resistencia efectiva en defensa de un gobierno del cual estaban tan descontentos, habiendo muchos que parecian dispuestos á recibir á los ingleses con los brazos abiertos. Celebróse, pues, una capitulacion muy liberal, por la cual quedaron garantidos los derechos y privilegios de los habitantes. De este modo pasó Nueva-Amsterdam á manos de los atrevidos invasores. Pocos dias despues capituló á su vez el fuerte Orange, situado en el Hudson, y se le puso el nombre de Albany, ajustándose entonces un tratado con las Cinco Naciones, cuyas hostilidades habian ocasionado tantos desastres á los holandeses. Entretanto, Sir Robert Carr entró